

Escuela católica y familias: El reto de un encuentro

Luis Fernando Vélchez Martín*

Creemos un deber de honestidad manifestar al lector las posiciones desde las que se ofrecen estas reflexiones, que parten de varios presupuestos y fuentes de datos:

- La constatación de la muy valiosa aportación de la escuela católica a la educación en general de nuestro país, a través del tiempo y en el momento actual. Cualquier observador imparcial reconoce que la educación en España no se puede entender, ni podría mantenerse, sin ese aporte específico. Por eso, somos muchos los que nos alegramos de que, al menos simbólicamente, el actual gobierno de la nación lo haya reconocido de manera pública con motivo de los actos del cincuentenario de FERE.
- Tomar como punto de partida para los análisis que en el artículo se sugieren, no una «idea» apriorística de la sociedad, o una visión filosófico-religiosa previa sobre ella, sino datos basados en estudios psicosociales, algunos de los cuales hemos dirigido y realizado, teniendo como tema central la investigación sobre la realidad de la actual familia española.

* Profesor titular de Psicología Evolutiva y de la Educación, Universidad Complutense, Madrid.

- Haber coordinado y redactado los tres estudios sobre la significatividad de la escuela católica, que impulsó FERE y patrocinó SM, publicándolos y distribuyéndolos además generosamente entre las comunidades educativas de la escuela católica.
- El compromiso durante toda la vida profesional con la educación, especialmente a través de la formación universitaria de nuevos educadores y de numerosas investigaciones.
- El compromiso también con la misma fe cristiana que da sentido y especificidad a la identidad de la escuela católica.

EL DOCUMENTO DE LOS OBISPOS: DISCURSOS CIRCULARES Y YUXTAPUESTOS SOBRE LA EDUCACIÓN, LA ESCUELA, LA SOCIEDAD Y LA FE

Aunque en este mismo número se aborda una visión global del documento de los obispos, permítasenos hacer aquí una serie de consideraciones, como contexto reflexivo desde el que ofrecemos el análisis, los argumentos, las coincidencias y las críticas. Así se entenderá mejor nuestro punto de vista al referirnos al tratamiento que se hace de la familia en el documento.

Es difícil estar en desacuerdo con los principios generales que proclaman los obispos sobre la escuela católica, cuando se refieren a ella como servicio a la formación integral de los alumnos, cuando afirman que su proyecto educativo es una acción de Iglesia en la que se han de implicar todos los miembros de la comunidad educativa, o cuando apelan al Dios que se nos ha manifestado en Jesús como base fundamental que da sentido a tal proyecto. Los desacuerdos y los matices pueden aparecer si analizamos el documento en profundidad y de manera minuciosa, por lo que dice, lo que no dice, los acentos, el tono y el estilo. También por una epistemología y una hermenéutica subyacentes en el texto.

Vaya por delante el reconocimiento de que este documento presenta, a nuestro juicio, logros significativos como los siguientes: el hecho mismo de haberse ocupado de la escuela católica como tema central en una reflexión episcopal compartida, abordarlo de manera global teniendo en cuenta los principales aspectos que forman parte del mismo, la referencia a las relaciones fe-cultura y presentar una serie de propuestas para actuaciones futuras, que con seguridad comparten todas las comunidades educativas de aquella.

Aparentemente, el documento tiene una estructura clásica: partir de la realidad, reflexionar sobre ella y hacer propuestas, es decir, el clásico ver-juzgar-actuar. Pero, en nuestra opinión, acaba siendo una reflexión circular en la que se mezclan, en fondo y forma, los pasos del ver, juzgar y actuar, a pesar de que los capítulos en los que se divide harían pensar en otra cosa. Así, cuando en el capítulo II, al hablar de los retos que debe afrontar la escuela católica, se supone que estamos en el «ver», en el análisis de la realidad, nos encontramos de pronto con que simultáneamente se juzga, y cuando en otros apartados se juzga y valora, de nuevo se vuelve al dato. Cuando, finalmente (cap. IV), aparecen las propuestas, basadas en prioridades y urgencias, otra vez se regresa al dato (n. 54 y ss.).

Por eso, al hablar de la sociedad y de los rasgos que la definen, como ocurre con frecuencia en documentos de la Iglesia, el lector tiene dudas razonables sobre si se habla desde datos sociológicos basados en estudios científicos, o desde una «visión determinada» sobre los datos, por más que ésta sea legítima pero, como toda visión, también discutible. En la única ocasión (n. 9) en la que se alude a «estudios rigurosos» para avalar la afirmación de que «no pocas familias van dejando de participar en las responsabilidades educativas de sus hijos» (ib.), no sabemos a qué estudios se refiere, qué han estudiado, o por parte de quiénes, ya que no se pone ninguna cita y, desde luego, no sabemos el criterio según el cual se divide los estudios en rigurosos y no rigurosos.

En el caso al que acabamos de aludir, pero también en otros, el documento adopta ese mismo estilo generalizador tan frecuente en los documentos

eclesiales, y así se habla de «crisis familiares», «deterioro del concepto mismo de la familia» (ib.), «desencanto que está aflorando» (ib.), «factores culturales, sociales y de estructura académica que están influyendo negativamente en alumnos desmotivados...» (9b), pero todo ello sin matizar, sin probar, sin argumentar, sin citar unas fuentes. Es decir, se aduce como análisis social lo que es una visión sobre la sociedad, el dato no aparece neutro y desnudo, sino coloreado con una perspectiva desde la que se habla y, además, generalizador. De ahí la circularidad del discurso.

Además, y permítase la expresión coloquial, «aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid», el documento abandona por momentos la reflexión sobre el tema central de la escuela católica e introduce elementos referidos a aspectos concretos de la actual política educativa, decisiones recientes, u otras próximas a adoptarse en el momento en que se publicó, sin que incluso falten estereotipos y medias verdades sobre la educación en España y algunos de sus problemas, que algunos atribuyen a las leyes educativas *per se*. Eso contribuye a que el resultado final sea un documento con elementos yuxtapuestos y, por todo lo que acabamos de decir, el discurso acabe siendo redundante y circular, compuesto de afirmaciones y propuestas generales, que pocos podrían negar, junto a otras más discutibles, sobre todo aquellas que tienen que ver con la interpretación de los datos y el análisis social.

Si aplicamos el modelo de la narratividad para analizar el discurso, o los discursos, del documento, se obtiene la impresión de que se trata de un relato en busca de destinatario. ¿Cuáles son los directos interlocutores? ¿La sociedad en general? ¿Las familias católicas y practicantes? ¿La Iglesia en general? ¿Los padres que envían a sus hijos a los colegios católicos y, además, son creyentes y practicantes? ¿Los padres que los llevan (la mayoría, como demostraron los estudios de FERE sobre la significatividad social de la escuela católica) a ella y no son practicantes? ¿Los padres católicos, practicantes o no, cuyos hijos no van a la escuela católica? ¿Los responsables de la escuela católica? ¿Las autoridades políticas? Las preguntas podrían multiplicarse hasta la saciedad.

Siguiendo con la aplicación del paradigma narrativo para analizar el documento, podemos hacernos más preguntas: ¿Quién es el protagonista del relato, la escuela católica, o lo que los obispos quieren decir a la sociedad sobre la escuela católica? ¿Quién habla y nos cuenta el relato con su oferta de sentido, quién es el narrador, la propia escuela católica y sus actores principales (instituciones, titulares, profesores), o los obispos que hablan de la escuela católica? Y, sobre la forma, ¿es un documento para consumo interno de la Iglesia, o para toda la sociedad? ¿Qué puede «decir» el documento al conjunto de la sociedad española? Es expresivo el comienzo: «Los obispos de la Conferencia Episcopal Española... conscientes de la importancia y de las dificultades... pretendemos recordar...» (n. 1).

Si uno se pregunta por el género literario al que adscribir el documento episcopal, no tiene por menos que concluir que es una mezcla de ensayo con elementos homiléticos, llamadas normativas (por ejemplo, cuando habla de las celebraciones de los sacramentos y afirma que hay que hacerlas «de acuerdo con el obispo diocesano», n. 40) y aspectos de denuncia sociopolítica. Evidentemente, desde «dentro de la Iglesia», sabemos que se trata de un documento del magisterio episcopal colegiado, fruto de un derecho y un deber en el ejercicio de su misión, y que esto invita a una recepción y lectura determinadas. Pero entendemos también que la escuela católica es un bien social objetivo, más allá del propio ámbito de los creyentes y que referirse a ella ha de ser teniendo en cuenta unas coordenadas más amplias.

Al analizar el documento en su conjunto, no quisiéramos dejar pasar algo que subyace al mismo. Es un esquema reiterativo en pronunciamientos de Iglesia: late una visión pesimista de la sociedad, argumentada por la existencia de «determinados males sociales» (hay algunos «enemigos» a los que se recurre siempre, junto a los que en cada momento se busca como chivos expiatorios nuevos, que van cambiando), luego se enfrenta esto con una visión positiva de los temas en cuestión contemplados desde la «perspectiva cristiana» como la «única buena» para concluir obviamente

que eso es lo que hay que hacer. No sólo subyace aquí un cierto maniqueísmo, sino determinados apriorismos que, a nuestro juicio, contribuyen a desvirtuar la realidad. Nada que ver con el comienzo de la *Gaudium et Spes* del Vaticano II (a pesar de que el documento la cita), cuando dice que los gozos y esperanzas del hombre son los mismos de la Iglesia, situando el discurso en un contexto de diálogo e interpelación. Por eso al final de la lectura de documentos como éstos, se corre el peligro de que quede un sabor de boca poco motivador y escasamente esperanzado. Por eso mismo se les caen de las manos a quienes más interesaría que los leyeran, entre ellos los padres y madres de familia. Con sinceridad, ¿cuántos de los «implicados» en la educación, padres, profesores, educadores, habrán leído con interés y motivación el documento? Nos gustaría haber visto reflejada claramente una escuela católica con autoestima, que cree en sí misma, que se siente deudora y agradecida a las grandes tradiciones pedagógicas que se engloban bajo ese rótulo y que ofrece con entusiasmo su propuesta abierta a toda la sociedad, especialmente a las familias con hijos en edad de formación, que habla de sí misma motivando a quienes sirve y, de alguna manera, a toda la sociedad, a la que interesa en igual medida la educación de los niños y adolescentes. Vienen a colación las recientes palabras de monseñor Carlos Amigo (carta pastoral, octubre de 2007), cuando dice que «nos aburre el reiterado discurso de los malos tiempos, de las inclemencias que debemos padecer, de la intemperie e indefensión en la que nos encontramos ante el acoso de leyes, políticas y ambientes nada proclives a una buena educación cristiana».

Hay también, a nuestro juicio, en el documento algunas omisiones o más bien tibiezas, y afirmaciones que pueden sonar a incompletas e inexactas, así como generalizaciones no argumentadas. Celebramos, por otra parte, que el documento se refiera a lo que los estudios sobre la significatividad de la escuela católica realizados por FERE llamó también nuevas pobreza y, consecuentemente, nuevas sensibilidades que la escuela católica ha de hacer suyas y atender. Pero, en primer lugar, cabría haber enfatizado esto mucho más. No se trata de dar por hecho (n. 56) que la escuela «ha contraído un compromiso con los más pobres», sino haber subrayado que

precisamente eso «debe ser así» y que tales apuestas forman parte del núcleo duro de la identidad de la escuela católica. Cabría también haber puesto mucho más énfasis en la necesidad de una más clara sensibilidad evangélica como signo de la escuela católica, sobre la emigración, cuya presencia representa ya más de un 10 % de niños de otros países y culturas en nuestras aulas. En segundo lugar, no queda resaltado, a nuestro juicio, el papel de los religiosos/as y sus instituciones, lo que han hecho y hacen en el ámbito de las escuelas católicas. Es verdad que se habla de ellos, pero de forma tibia («digno de reconocimiento el esfuerzo material, espiritual y personal» de los religiosos y religiosas, n. 13), siendo así que la escuela católica no existiría sin las intuiciones de los fundadores y fundadoras, luego de las instituciones y personas que las han prolongado y ahora las encarnan. Las distintas tradiciones de la escuela católica nacieron para hacer, en el campo de la educación, lo que nadie hacía, siguiendo el ejemplo de Jesús. Por eso las congregaciones religiosas dedicadas a la educación entienden hoy que ese mismo espíritu fundacional, acomodado a los tiempos y circunstancias, debe ser el norte de su tarea. En tercer lugar, es verdad que el documento habla de interculturalidad al tratar del compromiso con los más necesitados (n. 56), pero no profundiza en lo que significa este rico concepto, que va más allá de «respetar su cultura y la peculiaridad de su tradición religiosa» (ib.), sino de dialogar y enriquecerse mutuamente, partiendo de lo bueno que cada uno tiene. En cuarto lugar, se hacen generalizaciones cuando menos inexactas como, a título de ejemplo, afirmar (n. 14) que «los alumnos progresivamente no reconozcan la autoridad del profesor». Dicho así, no es una afirmación que se ajuste a la realidad, al ser tan general, por más que el de la disciplina sea un problema preocupante en determinados casos. Por último, hay una cita en el n. 14 (J. Delors, *La educación encierra un tesoro*) que aparece de tal manera que se tergiversa el sentido original del autor. Éste no contrapone el aprender a conocer y a hacer con el aprender a ser, sino que son propuestas que se complementan, como el aprender a vivir juntos (al que no alude ese número del documento), ensamblado todo ello en un objetivo más amplio, «un aprendizaje para todos a lo largo de toda la vida». A lo anterior habría que añadir, en línea con precisiones más académicas, que

el redactor del documento utiliza expresiones psicopedagógicas en desuso y da por sentada (n. 14), como si fuera relevante hoy, la existencia de «doctrinas (sic) pedagógicas que formulan el no direccionismo y el libre desarrollo de la naturaleza...», sin especificar cuáles son y quiénes las defienden. Eso pertenece a otra época pero, por lo visto, hay que otear el horizonte en busca de enemigos por aquí y por allá. Hoy cualquier especialista en psicología y en pedagogía sabe que tales posturas «rusonianas» no las defiende ningún modelo psicoeducativo acreditado en la comunidad científica y ni siquiera en experiencias educativas singulares; basta repasar la literatura al respecto.

Cabe añadir una breve reflexión sobre el estilo, manifiestamente mejorable. Se supone, y sobre todo se desea, que un documento de esta naturaleza, destinado a ser leído por el mayor número posible de personas, debiera ser claro, atractivo, ágil, concreto, con llamadas que lleguen al interlocutor, más sugerente que normativo, más inductivo que deductivo, más buscador de soluciones que indicador de fallos (reales o potenciales), más propositivo que temeroso y, literariamente, bien escrito.

En resumen, la lectura de este documento, que encierra indudables aportes positivos, suscita algunas dudas y preguntas de tipo epistemológico y, a nuestro juicio, es más criticable por esto y por su tono que por cuestiones de fondo, con las que la mayoría de los educadores pueden coincidir. La escuela católica en España tiene un discurso propio sobre sí misma, que ha hecho explícito en diversas ocasiones y que ha renovado sobre todo en los últimos años, por convicción, urgida por los cambios sociales y también por necesidad. Lo tienen sus instituciones, titulares y comunidades educativas, que coinciden mucho más que discrepan en la elaboración de ese discurso propio. Abrigamos, por el contrario, algunas dudas sobre si los obispos españoles, a juzgar por documentos como éste y por las manifestaciones de algunos de sus representantes que más se pronuncian públicamente, tienen un verdadero y articulado discurso sobre ella, aunque digan cosas de interés acerca de la escuela católica, merecedoras de ser tenidas en cuenta.

ANÁLISIS DEL DISCURSO SOBRE LA FAMILIA

En este apartado referido a la familia hay también más cosas en las que coincidir que en las que discrepar con el documento de los obispos. Pero, si analizamos, tenemos que deslindar, distinguir, matizar, descomponer y a eso nos dedicamos a continuación. En el dibujo que hace de la familia y sus problemas abundan los trazos negativos, a pesar de que de vez en cuando el documento alude a aspectos positivos, referidos sobre todo a las «familias cristianas». Es un dibujo en blanco y negro, parecido al que hace de la sociedad en general. En ese escenario, poco favorable para la educación porque así se ha dibujado, es donde se inserta la labor de los padres. Sociedad y familia aparecen inevitablemente al final como «culpables» implícitos de los problemas educativos y educar habrá de convertirse forzosamente en un conjunto de «tareas a la contra», decisiones y actividades «para hacer frente a...».

Para hablar con propiedad de la familia, si queremos ser rigurosos, hay que partir del análisis de datos contrastados y desvelar el modelo científico en el que uno apoya el discurso y la argumentación, de modo que, si se alude a datos, hay que darlos (junto con la fuente) y que quede claro de qué familia hablamos cuando hablamos de familia. Es decir, qué herramienta hermenéutica utilizamos para interpretar los datos y cuál es la epistemología de base. Una cosa es hablar de la familia siguiendo las teorías implícitas del «sentido común», otra hablar de un tipo de familia «ideal o deseable», de la familia como núcleo cristiano («iglesia doméstica»), de la familia desde una óptica filosófica o religiosa, etc. Incluso convendría ser preciso en los términos, porque el documento todo el tiempo utiliza familia como sinónimo de padres (¿uno?, ¿ambos?), cuando evidentemente no es lo mismo. Todo esto, en fin, no queda claro, salvo la impresión que el lector saca de que se habla, o se tiene como referente del discurso a una familia ideal contemplada desde la óptica cristiana. Este punto de partida, este ver basado en la realidad y contemplado con visión

de gran angular, no en una interpretación no argumentada de la realidad, es lo que se echa en falta en el documento.

Hoy tenemos que hablar de familias, en plural. No es necesario, sobre todo para no entrar en polémicas fuera del tema que nos ocupa, aludir a determinadas formas de familia en esa «frontera» discutible de lo que se entiende por tal. No existe la familia como abstracción, sino familias concretas. Baste pensar, por ejemplo, en que hay familias biparentales (de hecho y por el motivo que sea) y monoparentales, familias nucleares-iniciales y reconstituídas (a partir de otras anteriores), familias con niños adoptados, otras lo mismo pero con hijos biológicos y adoptados, padres y madres solteros, a su vez con hijos biológicos y/o adoptados, etc. Añádase la diversidad de estilos educativos y formas de relación entre los miembros de la familia, que marca diferencias notables entre unas familias y otras. Si a todo esto se unen los elementos fe y práctica religiosa, encontraremos todavía más factores significativos de diversificación en el abanico de las familias. Tampoco dejemos de mencionar, al dibujar este panorama, factores como la inmigración, que da lugar a familias divididas entre nuestro país y el de origen, nuevas familias mixtas, formadas por padre o madre de distinto país..., o la variedad que introducen en la diversidad de «lo familiar» factores como la clase sociocultural, el nivel económico y el hábitat. Y no olvidamos, en fin, las familias desestructuradas, por cualquier motivo, grupo al que se acoge el documento para hablar de las «crisis familiares». Cuando se generaliza, se tiende a confundir lo diverso con lo problemático. Es verdad que unas y otras familias tienen en común el derecho y el deber de educar a sus miembros más jóvenes, pero ¿en cuáles está pensando el documento? ¿En qué tipo de familia, por ejemplo, piensan los obispos cuando no se han detenido en la consideración del papel de la mujer y las enormes dificultades para conciliar la vida familiar y laboral que afecta a un porcentaje elevado de madres de nuestro país, algo que injustamente gravita sólo sobre ellas en la mayoría de los casos?

No deslindar estos conceptos, familia como institución, familias concretas, padres, madres, etc., lleva al documento a pasar de uno a otro como

equivalentes. Así, por ejemplo, cuando (n. 8) en el párrafo segundo empieza hablando de la «situación de la familia» y pasa a hablar, sin solución de continuidad, de que «es necesario constatar que la familia cristiana es más consciente cada vez de su identidad y de su responsabilidad educativa». ¿Cómo constata eso?, pues no lo dice. ¿Sólo la familia cristiana es así, por qué no las demás?

El documento alude (n. 8) a «algunas familias» que no comparten el ideario de la escuela católica, mencionando sólo el hecho. Valdría la pena haberse detenido aquí. ¿Por qué ocurre eso? ¿Qué buscan esos padres realmente al llevar a sus hijos a estos colegios? Y, desde luego, es conveniente indicar qué respuesta cabe dar a esas familias. El segundo estudio FERE sobre la significatividad de la escuela católica revelaba que aproximadamente un tercio de los padres que llevan a sus hijos a la escuela católica se declaran practicantes habituales y que la principal motivación de todos, católicos practicantes y no practicantes, para ello es la atribución de calidad académica al centro, no un motivo explícitamente religioso.

Hay en el n. 9 una mención expresa de las nuevas tecnologías como posibles enemigas de la educación. Éstas aparecen hoy en el horizonte como chivo expiatorio al que culpar, cuando algunos hablan de los temas educativos. Tampoco se matiza aquí y, desde luego, no se aportan soluciones, que no están principalmente en que «desde fuera» de la familia se asista a los padres, como parecería insinuarse, sino en que éstos enseñen a los hijos un uso crítico y sensato de los medios.

Ese mismo n. 9 hace afirmaciones tajantes, como la de que «no pocas familias van dejando de participar en las responsabilidades educativas de sus hijos, al menos en lo que atañe a la formación que se lleva a cabo en los colegios». Esto suena a algo que se dice en los citados estudios FERE, sobre el seguimiento que los padres hacen del proceso escolar de sus hijos pero, como el documento no lo matiza, suena a generalización. Más exacto, como comprobamos en esos estudios con muestras representativas, es afirmar no ya que no se responsabilizan de la educación de los hijos, sino

que delegan en el colegio. Incluso, en el mismo estudio FERE se afirma, argumentado con datos concluyentes, que los padres estiman que el colegio católico avala la formación básica en valores humanos, siendo los valores religiosos garantía de aquéllos.

La principal pega que se le puede poner a este documento en el tratamiento que hace de la familia es cierta tendencia a la simplificación. Pocas realidades humanas son tan importantes, y al mismo tiempo tan complejas, como la familia. Pocas actividades llevadas a cabo por personas son tan fundamentales y tan difíciles como educar, tanto en ámbitos formales como en no formales. Creemos que el documento se ha apuntado a un enfoque un tanto simplificador de la cuestión, que además merecería haber ocupado mayor extensión por su importancia.

LOS ESTUDIOS FERE SOBRE LA SIGNIFICATIVIDAD DE LA ESCUELA CATÓLICA

Partimos de que hay más coincidencias que divergencias entre el documento de los obispos y los estudios FERE, sobre todo en lo que respecta a pronunciamientos generales. Pero el aire es otro en los estudios FERE sobre la significatividad de la escuela católica. Donde allí se ven males (descripción de los cambios sociales), aquí se ven retos; donde allí se ven peligros (por ejemplo, nuevas tecnologías), aquí se ven oportunidades; donde allí parece existir un universo cerrado, aquí es oferta abierta a todos, incluidas las familias que no llevan sus hijos a nuestros colegios; donde allí parece preocupar una normatividad solapada, aquí predomina la propuesta; donde allí se habla de la escuela, aquí habla la escuela; donde allí parece actuarse a la defensiva, aquí se habla de manera asertiva. No olvidemos que el autor responsable de estos estudios ha sido, en último término, FERE, cuyo inestimable trabajo como institución por cierto uno quisiera ver reconocido explícitamente en documentos de los obispos; ésta era una buena ocasión para ello.

En cualquier caso, está claro que el autor o autores y quienes han redactado el documento episcopal, han leído y tenido a la vista los tres estudios sobre la significatividad de la escuela católica elaborados por FERE, en especial el último: *La escuela católica, signo y propuesta de futuro*. A los que intervinimos en esos estudios nos alegran tales coincidencias, es más, nos resultan familiares más de uno de sus epígrafes, frases y expresiones, el lector puede comprobarlo. Sólo que, para el documento de los obispos, dichos estudios parecen no haber existido nunca, a pesar de ser tan recientes (2000, 2002, 2005) y recoger el latido de los principales agentes de la escuela católica en reflexiones ampliamente compartidas durante cinco años. Una lástima, porque en ellos habla la escuela católica de sí misma a la sociedad, ella es la protagonista.

Los tres estudios sobre la significatividad de la escuela católica, elaborados por FERE, son la suma de muchas voces. El primero (*Significatividad evangélica de la escuela católica*) es una síntesis de lo que la escuela católica, desde dentro (sus instituciones, sus responsables, sus titulares, las comunidades educativas de sus profesores), piensa y dice a la sociedad de sí misma, esbozando un ensayo de respuesta a los retos y problemas de la educación. Fue un estudio que, con metodología cualitativa, recogió de manera representativa lo que las voces autorizadas de la escuela católica, sin que faltara ninguna, piensan y desean para ella, con una sinceridad digna de elogio, una capacidad de autocrítica realmente laudable y un estilo positivo lleno de propuestas valiosas y gran sensibilidad. El segundo estudio (*Significatividad social de la escuela católica*) refleja lo que los padres y madres de familia, con hijos en los centros católicos, en la escuela pública y en la privada no concertada, opinan de la escuela católica. El estudio, realizado a nivel nacional con metodología mixta, cualitativa y cuantitativa, y muestras estadísticamente representativas, nos devolvió en espejo la imagen social de la escuela católica en España, contribuyendo a poner, «negro sobre blanco», lo que los buenos conocedores de ella ya sabían o intuían, ayudando a destruir determinados estereotipos, medias verdades, descubriendo las motivaciones por las que los padres llevan a sus hijos a los colegios católicos, y a dejar clara una conclusión:

el gran aprecio social y la buena valoración en nuestro país de los colegios católicos, pero al mismo tiempo algunas críticas y resaltando lo que se pide y espera de ellos. Finalmente, el tercer estudio (*Escuela católica: signo y propuesta de futuro*) sintetiza las aportaciones de cualificados especialistas en educación y de conocedores de la escuela católica en profundidad, con propuestas educativas posibles, estimulantes y abiertas a todos, tratando de dilucidar el sentido de ésta hoy y sugiriendo estrategias para llevar a cabo la misión de la que se siente agradecida y responsable

Lo que dicen los documentos FERE y lo que dice el documento de los obispos en relación con la familia es coincidente en aspectos sensibles e importantes. Las mayores diferencias y contrastes las encontramos en algo que aquellos documentos hacen y el de los obispos no. Indirectamente, señalamos así nuestros reparos al documento episcopal. En síntesis: 1. Partir de la realidad con datos y opiniones de los propios padres, no de «ideas sobre la familia». 2. Haber obviado análisis catastrofistas y plañideros sobre la sociedad, que no conducen a nada. 3. Ofrecer soluciones a los problemas descritos. 4. Presentar un esquema más inductivo que deductivo. 5. No haber ido a la búsqueda y captura de chivos expiatorios, sino entender las dificultades y problemas como retos (no sólo en el índice de las cuestiones, sino también en su explicación) y lo que otros consideran amenazas (nuevas tecnologías, por ejemplo) como oportunidades. 6. Presentar las propuestas de la escuela católica abiertas a todos, incluidos los que no van a ella, entendiéndola como oferta de servicio a la sociedad. 7. Sensibilidad para no culpabilizar a los padres, haciéndoles más bien cómplices e interlocutores del mensaje. 8. Utilizar un tono y estilo que pueda llegar a los más posibles. 9. Pretender que los documentos pudieran ser atendidos y respetados por los lejanos a la escuela católica, realidad que hemos podido comprobar en distintas ocasiones y ante interlocutores cualificados de la sociedad, en los medios de comunicación, sindicatos de profesores, instituciones y organizaciones sociales, etc. 10. Apelar de manera clara al mundo de los valores como punto de encuentro de todas las escuelas y de todos los implicados en la educación, aludiendo en concreto al concepto de ciudadanía, que encierra una gran riqueza de signifi-

cados para la educación y que los obispos han obviado en el documento, probablemente porque lo relacionan con algo frente a lo que han tomado una posición que muchos no compartimos.

FAMILIA Y ESCUELA, LLAMADAS A COEDUCAR

La filosofía educativa que sustenta quien esto escribe es la misma que la que quedó reflejada en el tercero de los documentos FERE, tantas veces citados en este artículo. Refleja el pensamiento de muchos y muy preparados miembros de la escuela católica. De nuevo, aquí lo expresamos como propuestas:

- La escuela católica invita a la familia a compartir retos y problemas. «No se trata de que la escuela sustituya a la familia en sus responsabilidades, ni de desviar hacia la familia los quehaceres propios de las aulas y de los profesionales de la educación. Se trata de definir ese espacio de confluencia en el que se sitúan unos objetivos educativos que necesariamente han de ser abordados, de manera simultánea, desde los dos microsistemas básicos en los que se desenvuelve el educando y en los que se construyen las urdimbres básicas de su personalidad. Familia y escuela han de actuar al unísono, interalimentándose y reforzándose, con el fin de conseguir un objetivo deseable: el crecimiento armónico de la personalidad del sujeto de la educación» (*Escuela católica: signo y propuesta de futuro*, pp. 69-70).
- Los padres y madres de los alumnos están llamados a participar en los centros educativos, colaborando en el establecimiento de objetivos que afectan a la educación de sus hijos, interviniendo en decisiones operativas encaminadas a cumplir éstos y controlando la eficacia en la labor de educar.
- La participación, que ha de hacerse por objetivos, es un valor instrumental, implica confianza mutua y corresponsabilidad, debiendo

buscarse entre todos los actores implicados en la educación mecanismos que la faciliten.

- «La misión de la escuela católica es educar a niños y jóvenes para que lleguen a realizarse integralmente como seres humanos que encuentran su sentido a la vida en una visión humanista-cristiana de la persona, valor básico que articula y fundamenta los demás valores, y en una referencia permanente al Evangelio. Fiel a sus carismas fundacionales, realiza su trabajo en la perspectiva del diálogo fe-cultura-vida, y permanece abierta a todos como servicio de la Iglesia a la sociedad en que vive» (ib., p. 99). Así entendemos que debe expresarse la identidad de la escuela católica.

En el cumplimiento de esa misión, la escuela debe encontrar sus mejores aliados en los padres y esforzarse para que la colaboración sea posible. Escuela y familia son los primeros y principales acompañantes del niño en su proceso educativo. La una sin la otra es insuficiente. Una al servicio de la otra sería desvirtuar el sentido de las dos. Ambas en sintonía y colaboración permanente constituyen el mejor de los escenarios para una educación digna de este nombre.